

¿Tienen los Cristianos una Esperanza Temporal?

Por René Uribe Ferrer

(Ponencia presentada por su autor en el Primer Congreso del Pensamiento Católico reunido recientemente en Medellín).

Vamos a meditar un poco sobre la esperanza en una época en que la desesperanza y, más aún, la desesperación gravitan sobre muchas almas. En que la angustia es una palabra que se escucha en los labios de todos y satura las obras del arte, de la literatura y hasta de la filosofía, ordinariamente tan impenetrable. Época en la que el clamor de la inquietud humana podría sintetizarse en las desoladoras palabras del Eclesiastés: "Tornéme y ví las violencias que se hacen debajo del sol, y las lágrimas de los oprimidos sin tener quien los consuele, y la fuerza en manos de los opresores sin tener aquellos consolador. Y proclamé dichosos a los muertos que se fueron, más dichosos que los vivos que viven todavía y más dichosos aun a los que nunca vivieron y no vieron lo malo que debajo del sol se hace" (Ecl. 4, 1-3).

Podrá decirse que ni la desesperanza ni la desesperación ni la angustia son novedades de nuestros días. Que desde la rebelión de Adán contra su supremo Hacedor, su descendencia sigue cargando con el peso de la maldición edénica. Que siempre ha sido el problema del mal y de la muerte el que ha torturado a los hombres a través de su historia. Que el arte y la poesía de todos los tiempos, desde Job y Lucrecio hasta Leopardi, pasando por Shakespeare, han expresado la tortura del hombre frente a su destino. Ello es evidente. Lo comprueba el texto bíblico que acabo de citar.

Pero me parece que es también evidente que en ninguna época como la actual la angustia y la desesperación se han impuesto a tan gran muchedumbre. Porque no se trata de la reacción de algunos hombres de sensibilidad agudizada o de profunda visión intelectual. Se trata de un fenómeno plenamente social. Son las multitudes las que han visto cerrarse los caminos de la esperanza y son también las multitudes las que buscan afanosamente una tabla de salvación. La proliferación del ateísmo beligerante, no del simple indiferentismo religioso, por una parte, y el renacimiento del fervor cristiano, por otra, son plena demostración de ello.

La rápida multiplicación de la especie humana, el empequeñecimiento del mundo gracias a los rapidísimos medios de comunicación, el increíble perfeccionamiento de la técnica puesta al servicio de las relaciones humanas pero también de la destrucción y la guerra total, han producido como resultado el estrechamiento de los vínculos sociales entre los individuos. La humanidad se unifica más cada momento y tiene también cada vez más conciencia de esa unidad. Se da cuenta de que el mal o el bien hecho a un hombre se extiende en forma increíble a los demás hombres. Que la actividad de cada uno se comunica inevitablemente a los demás. Hoy todos nos damos plena cuenta de que somos animales sociales y de que nuestros destinos sobre la tierra están indisolublemente ligados. Por eso la angustia y la desesperación y, afortunadamente, también la esperanza, son en nuestros días fenómenos eminentemente sociales.

Ahí, en el aspecto social, es donde se encuentra el carácter de novedad que tiene la desesperación contemporánea: no es la desesperación del hombre aislado sino la de la humanidad. Una mirada a las obras maestras de la literatura de los siglos anteriores nos convencerá de que la tragedia que nos pintan es la de la frustración o la quiebra del destino de un hombre por motivos que solo para el individuo afectado tienen validez. Cierto que en el siglo pasado algunos de sus más grandes genios, de sus espíritus más lúcidos, sintieron con aguda intensidad la tragedia social. Basta recordar a Dickens, a Hugo, a Tolstoi, a Dostoyevsky. Pero no es la tendencia dominante. En cambio la literatura corriente en los últimos cuarenta años nos presenta la tragedia de la especie, dentro de la cual el hombre aislado es arrastrado o contra la cual intenta vanamente reaccionar. Hablo ante todo, claro está, de la literatura antirreligiosa. Pero también la escrita por cristianos ha tenido que sumergirse en ese abismo de tinieblas en que se ha desarrollado la historia de las últimas generaciones. Sería superfluo citar nombres.

La esperanza cristiana

Frente a tan poco halagüeño panorama, ¿podrá el cristiano mantener firme su esperanza? Antes de formular una respuesta es conveniente precisar lo que por esperanza debemos entender.

Ante todo, no se trata de una esperanza meramente natural, del deseo innato en todo hombre de alcanzar la felicidad. Esa esperanza natural, en el revuelto mundo en que nos ha tocado vivir, choca cada día contra el fracaso. La esperanza del cristiano es una de las virtudes teologales. Virtud sobrenatural, porque por ella tendemos a la vida eterna, a la bienaventuranza sobrenatural, o sea a la posesión de Dios por la visión beatífica. Se la define como "una virtud sobrenatural infusa, mediante la cual aguardamos confiadamente de la omnipotencia, bondad y fidelidad de Dios la felicidad eterna y los medios necesarios para conseguirla" (1).

1) — Heriberto Jone: "Teología Moral", pág. 102. Desclée. Buenos Aires.

Se trata de una virtud sobrenatural, porque por ella tendemos a un fin, la posesión de Dios, que supera nuestras fuerzas naturales, y al que sólo podemos aspirar porque el mismo Dios nos llama. "Nadie puede venir a mí si el Padre, que me ha enviado no le trae" (Joh. 6, 44). Por ello no la merecemos sino que se nos infunde junto con la gracia santificante; es una virtud infusa. Y se fundamenta en la omnipotencia de Dios, que puede darnos la bienaventuranza eterna; en su bondad y misericordia, que quieren dárnosla; y en su fidelidad a las promesas hechas por medio de su Hijo encarnado, si nosotros permanecemos fieles a su ley. Por ello la certidumbre que nos da la esperanza, absoluta por basarse en la verdad de Dios, no quita el temor y la desconfianza en nuestra propia defectibilidad.

A través de las epístolas de San Pablo vemos expuesta y corroborada a cada momento esta doctrina, de la confianza total en Dios y la desconfianza en nosotros mismos. "Sabemos que Dios hace concurrir todas las cosas para bien de los que le aman, de los que según sus designios son llamados. Porque a los que de antes conoció, a esos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que este sea el primogénito entre muchos hermanos... Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de dar con El todas las cosas?... Cristo Jesús, el que murió, aun más, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, es quien intercede por nosotros. ¿Quién nos arrebatará el amor de Cristo?" (Rom. 8, 28-35). "Pero llevamos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no parezca nuestra. En mil maneras somos atribulados, pero no nos abatimos; en perplejidades, no nos desconcertamos; perseguidos, pero no abandonados; abatidos, no nos anonadamos, llevando siempre en el cuerpo la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo... Sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús, también con Jesús nos resucitará y nos hará estar con vosotros; porque todas las cosas suceden por vosotros, para que la gracia difundida en muchos acreciente la acción de gracias para gloria de Dios" (II Cor. 4, 7-15). Pero también agrega: "Con temor y temblor trabajad por vuestra salud" (Phil. 2, 12). "El que cree estar en pie, mire no caiga" (I Cor. 10, 12).

El cristiano puede, pues, ofrecerle al mundo desesperado el don de la esperanza en Dios por Cristo. La esperanza en un destino eterno de felicidad plena, que superará infinitamente las angustias y tormentos que en la tierra todos habremos de soportar. Y esa esperanza está al alcance de todos los hombres: "Nuestro Salvador quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad" (I Tim. 2, 3-4). Por eso los que ya poseemos la verdad, tenemos el imperioso deber apostólico de ayudar a los demás a conocerla. Para que conociéndola, reciban el don de la esperanza y puedan también ser salvos.

La esperanza y el problema del mal

En uno de los textos atrás citados, San Pablo esboza lo que para muchos será la objeción fundamental contra la esperanza cristia-

na: la existencia del mal. Nos amonesta para que guardemos el don de la confianza absoluta en Dios aunque seamos atribulados y abatidos, aunque suframos persecuciones. Y en otro lugar nos pone como ejemplo a Abraham, que esperó "contra toda esperanza" (Rom. 3, 18).

Verdaderamente, muchas veces nuestra esperanza flaquea y nuestra creencia en la Providencia divina se oscurece al mirar el caótico espectáculo del mundo. Su **absurdidad**, como se acostumbra decir hoy. En el siglo IV de nuestra era, San Agustín se planteó el problema del mal en toda su tremendo actualidad y lo sondeó, sin agotarlo, con la grandeza de su genio. No es este el lugar ni habría espacio suficiente para explanar su doctrina sobre la realidad del mal, realidad que no es positiva sino que consiste en la privación o limitación del bien y que, por lo tanto sólo puede darse en la criatura, que es limitada, pero es imposible que se dé en Dios, bien absoluto. El mal físico y el mal moral proceden, por lo tanto, de la criatura como de causa deficiente, más bien que eficiente. Sin embargo, como agrega el santo, no habría mal en el mundo si Dios no hubiera permitido que lo hubiese. ¿Por qué permite Dios el mal? San Agustín desarrollará ampliamente algunas explicaciones que han sido explotadas por toda la filosofía y la teología cristiana posterior. Nos dice, en síntesis, que el mal concurre al triunfo del bien, que el mal es permitido para lograr mayores bienes y que la Divina Sabiduría sabe sacar bien de los males.

Sin embargo, ¿es suficiente esa explicación? Nos basta para dar razón de la suma incomparable de injusticia, de estupidez, de crueldad, de sadismo que es lo más visible de la historia del hombre sobre la tierra? Claro que el mal no procede de Dios; pero ¿logramos entender cabalmente cómo puede entrar en los planes de su Providencia la permisión de tal suma de mal? El mismo San Agustín comprende que hay allí recatado un misterio indescifrable. Y al hablar de la predestinación, escribe: "Es esta una cuestión tan profunda, que el mismo Apóstol, al querer sondearla, sintió como pavor". Y advierte así a los que quieren profundizar más allá: "Si tú lo quieres saber, busca a otro más sabio que yo; pero teme no encontrar más que un presuntuoso (1).

Misterio insondable, sin duda alguna, porque necesitaríamos comprender la infinita sabiduría, la infinita justicia y la infinita misericordia de Dios para conciliar tales atributos con la existencia del mal. Y es bien sabido que nuestro conocimiento de Dios es imperfectísimo y analógico. Pero sí podemos vislumbrar la solución si pensamos en que Dios envió al mundo a su único Hijo para que tomara la naturaleza humana, y en ella soportara todas las torturas del cuerpo y finalmente la muerte. ¿Para qué? Para la salvación de los demás hombres. El misterio de luz que es la Redención, nos alumbra un poco el misterio de tinieblas que es la permisión del mal. La infinitud del amor divino a sus criaturas permitió hasta el sufrimiento y la muerte de su Hijo. Cuando el mal se acumula sobre una época como la nuestra, ¿no será indicio de la cercanía, de la predilección de Dios?

1) — Citado por Agustín Coy, S. J. Revista Proyección, Granada, Nº 14.

Hay un libro, acaso el más bello de la Sagrada Escritura, en el que este problema constituye el eje central. Me refiero al libro de Job. Todos conocemos el argumento que sirve de esqueleto al poema. Recordemos que, ante la tragedia que ha caído sobre Job, sus amigos le insisten en que ello solo es posible como castigo de los pecados del Patriarca, ya que la justicia de Dios no podría enviar penas al justo. Job, que no se siente culpable, plantea con intensidad la aparente injusticia de sus sufrimientos y lo incomprensible de los sucesos humanos. ¿Cómo es que viven los impíos, —clama— se prolongan sus días y se aseguran en su poder? Su prole persiste con ellos a su presencia y tienen ante sus ojos a sus retoños. Sus casas son paz, no hay en ellas temor, no cae sobre ellos la vara de Dios... Que en el día de la ira se salva el malvado, y es sustraído al furor de su día” (21, 7-9 y 30). Pero al mismo tiempo se inclina, porque sabe que la ciencia del hombre es vana: “¿Quién es el que puede enseñar a Dios sabiduría, a El, que juzga a los más altos?” (21, 22).

Y al final del diálogo de Job con sus amigos, Dios interviene. Pero no para aclarar sino para mostrar que la oscuridad es impenetrable para la pobre razón humana: “¿Quién es este que empaña mi Providencia con imprudentes discursos?... ¿Dónde estabas al fundar yo la tierra? ¿Querrá el censor contender todavía con el Omnipotente?” (38, 2-4 y 32). Y entonces Job se inclina: “Sé que lo puedes todo y que no hay nada que te cohiba. Ciertamente que proferí lo que no sabía, cosas difíciles para mí, que no conocía. Sólo de oídas te conocía; mas ahora te han visto mis ojos” (42, 2-5).

He ahí la lección de Job: en la adversidad podemos ver a Dios. Y lo vemos al reconocer lo inescrutable de sus juicios y de su Providencia. Así vemos cómo la presencia del mal en la historia humana no debe debilitar nuestra esperanza sino fortalecerla. Ya que la esperanza no es un mezquino cálculo de probabilidades humanas sino la entrega de nuestro ser a Dios, que quiere la salvación de todos los hombres a los que redimió con la efusión de su sangre.

Por eso sólo en el cristianismo podemos encontrar una esperanza firmemente fundada, que supere la angustia y la desesperación en que el mundo se debate. Por ello es palpable el fenómeno de la vuelta a Dios de muchas almas, que han encontrado en la religión la paz del alma en una época llena de tremendismo. Mucho se ha repetido que la tragedia que para el mundo han significado las dos guerras totales, que lo que para Colombia ha sido la ola de violencia que nos ahoga, es un castigo de Dios, que parece olvidarse de sus criaturas infieles. ¿No será más bien que Dios ha permitido todo ello para que, como Job, veamos su faz? ¿No conducirá esta crisis que atravesamos a la salvación de muchos? Porque Dios es amor.

En todo caso, la lección de Job es la de su humildad. Ante la imposibilidad de abarcar el misterio del mal con nuestra débil razón, sólo queda la alternativa del sometimiento absoluto de nuestra inteligencia y nuestra voluntad ante la Sabiduría infinita, o de la rebelión. Y la rebelión, nos lo muestra una gran parte de la literatura y la filosofía de esta época, no puede darnos esperanza, sino arrojarnos a

una angustia sin salida. Porque quitado Dios, la única salida para nuestra contingencia es la nada.

Esta humildad absoluta, esta entrega total a la voluntad de Dios, por impenetrables que sean sus caminos, ningún cristiano verdadero la confundirá con la resignación pasiva ante el mal. Porque sabe que la voluntad de Dios nos exige guardar integralmente sus mandamientos y luchar, cada uno dentro de sus medios, por el triunfo del bien. En ningún caso podrá ser cómplice del mal, ni aun con su mera omisión.

La esperanza temporal del cristianismo

Pero hasta aquí sólo hemos meditado sobre la esperanza que el cristiano tiene de lograr su destino sobrenatural eterno y de los medios para conseguirlo. Esperanza a la que puede llegar todo hombre, ya que todos somos llamados al cristianismo, por todos murió Cristo. Pero, ¿qué puede esperar el hombre sobre la tierra? ¿Puede aspirar fundadamente al reinado de Cristo en este mundo, a la implantación de su justicia y de su paz?

Varias actitudes podemos señalar en los cristianos de todos los tiempos y especialmente en los de hoy. En primer lugar el optimismo integral, cada vez más escaso frente a la ola negra del pensamiento contemporáneo, pero que no carece de partidarios. Es el optimismo de los amigos de Job: cada hombre es artífice de su propio destino; la desgracia que azota a determinados hombres procede de su pecado o de su torpeza. Pero tanto los hombres como los pueblos pueden construirse con su esfuerzo y su virtud un porvenir al abrigo de las catástrofes históricas. Este optimismo no abunda mucho en los medios intelectuales. Es, en cambio, la ideología oficial de la burguesía que se llama cristiana.

Basta analizar un poco tal posición para ver la debilidad de sus fundamentos y su ningún carácter cristiano. Es un rezago de las utopías racionalistas de los siglos XVIII y XIX, que sostenían la realidad de un progreso indefinido que llevaría a un paraíso sobre la tierra. Dos guerras mundiales totales y un cúmulo de sucesos menores en fama pero iguales en crueldad, han demostrado la capacidad de perversión y de salvajismo de que es capaz el hombre. Sin embargo hay ingenuos que todavía mantienen tal posición. Para el cristiano que piensa, es insostenible, ya que él sabe que todos los hombres, sin excepción, nacemos con el pecado original, que hiere nuestra naturaleza y nos hace sujetos de la ignorancia, la malicia, la fragilidad y la concupiscencia. Sabe que el progreso técnico y científico puede ser explotado por nuestra naturaleza caída para ponerlo al servicio del mal y de la injusticia. Y sabe que el demonio es una realidad que actúa sobre la historia humana desde la primera caída. Sabe, en síntesis, que nuestra vida será siempre de lucha y muchas veces de fracaso; y que, aunque con la gracia de Dios muchos logran vencer al mal y evitar el pecado, el mal y el pecado nunca podrán ser eliminados del cuerpo social, de la humanidad.

Frente a este ingenuo optimismo vemos un pesimismo igualmente radical. Es, desde luego, característico de la teología protestan-

te, pero también se da en muchos católicos. Para ellos el reino de Cristo no es de este mundo. Este es el reino del Diablo, y por ello es inútil tratar de enderezar la historia. "Vimos por dondequiera, sin haberlo buscado, —desde el principio al fin de la escala fatal—, el tedioso espectáculo del inmortal pecado", escribió Baudelaire. Y en muchos escritores católicos del siglo pasado y del nuestro, se manifiesta esta misma posición negativista del poeta pecador y creyente.

Posición explicable como reacción contra el optimismo materialista, agravada por el poco halagüeño panorama del mundo contemporáneo. Pero posición parcial y recortada para un cristiano. Porque éste sabe que si existe el pecado original y existe el Demonio, es también una realidad la Redención, es una realidad la Gracia y es una realidad la Providencia. San Pablo, al comparar la obra de Adán con la de Cristo, escribe: "Si, pues, por la transgresión de uno solo, esto es, por obra de uno solo, reinó la muerte, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia reinarán en la vida por obra de uno solo, Jesucristo. Por consiguiente, como por la transgresión de uno solo llegó la condenación a todos, así también por la justicia de uno solo llega a todos la justificación de la vida. Pues como por la desobediencia de uno, muchos fueron hechos pecadores, así también por la obediencia de uno muchos serán hechos justos. Se introdujo la ley para que abundase el pecado; pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia, para que, como reinó el pecado por la muerte, así también reine la gracia por la justicia para la vida eterna por Jesucristo Nuestro Señor" (Rom. 5, 17-21). Estas palabras deben hacernos pensar en que Cristo ha restaurado el orden violado; y que esa restauración, aunque sólo se manifestará plenamente en la vida eterna, también obra en nuestro mundo terreno, porque todos recibimos o podemos recibir la gracia. Y "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia".

Entonces ¿hasta dónde puede haber una esperanza temporal en el cristiano, y hacia qué bienes debe orientarse esa esperanza? Claro que a esos interrogantes no pueden darse respuestas de exactitud matemática, ni existen dogmas definidos al respecto. Pero sí podemos, a la luz de la fe y observando la historia, precisar algunas ideas.

En primer lugar, sabemos que en la tierra comienza a realizarse el reino de Cristo, el reino de los cielos, y que esta realización avanza en forma progresiva y esplendorosa. Nos lo dijo el Maestro en las parábolas del grano de mostaza y de la levadura: "¿A qué es semejante el reino de Dios y a qué lo compararé? Es semejante a un grano de mostaza que uno toma y arroja en su huerto, y crece y se convierte en un árbol, y las aves del cielo anidan en sus ramas... Es semejante al fermento que una mujer toma y echa en tres medidas de harina hasta que fermenta toda... Vendrán de oriente y de occidente, del septentrión y del mediodía, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios" (Luc. 13, 18-21 y 28). La historia posterior a la Redención es pues la de la implantación paulatina del Reino, que nos profetiza San Pablo: "Preciso es que El reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo reducido a la nada será la muerte" (I Cor. 15, 25-26).

Muchos simplificadores de la historia acostumbran sostener que la plenitud cristiana católica lograda en el siglo XIII es, hasta ahora, la época de mayor avance de nuestra fe, avance que ha sufrido retrocesos sucesivos con el Renacimiento, con la Reforma, con la Revolución Francesa y con la Revolución Rusa. Para ellos la evolución progresiva de la evangelización en los trece primeros siglos de nuestra era, se interrumpió o retrocedió en los siete siguientes. Creo que es una visión inexacta. No hubo tal mundo cristiano en el siglo XIII: hubo una Europa católica rodeada por Asia y Africa, totalmente paganas, y que tenía en sus antípodas una América aun no descubierta, cuyos habitantes, paganos también, no habían escuchado aún la palabra de verdad. Y en cuanto al catolicismo de Europa en esa época, existía indudablemente en cuanto a la fe. Pero, ¿penetró ésta lo suficientemente en la vida, no de unos pocos escogidos sino de la nobleza y de las clases populares? La historia detallada de las crueldades y de las injusticias medioevales es suficientemente conocida.

El Renacimiento, en lo que tiene de vitando, no es sino culminación de tendencias que tienen sus raíces en la época anterior. Y si bien es cierto que la Reforma protestante y las dos grandes revoluciones posteriores, la burguesa y la proletaria, arrancaron a la obediencia de la Iglesia grandes masas de hombres, también lo es que los que permanecieron fieles, lo han venido siendo cada vez más íntegra y totalmente. Y hoy el Papado es más respetado y seguido en todo el universo de lo que fue en los tiempos de Alejandro III o de Inocencio III. Hoy se ve un un fervor multitudinario y una fe vivida por las masas creyentes como no se ha visto antes. Si observamos y meditamos, creo que tenemos que concluir que es evidente que el reino de Cristo avanza sobre la tierra y que nunca ha dejado de avanzar. Desde luego esta tesis es muy distinta de la racionalista del progreso indefinido.

Sin embargo, y como contrapartida, es también evidente que hay países y zonas humanas que sí pueden sufrir y de hecho han sufrido retroceso en el cristianismo, que han abandonado la fe. El norte del Africa era, en tiempos de San Agustín el segundo foco de irradiación cristiana y es hoy tierra de misión. La rebelión luterana arrancó de la obediencia romana casi la mitad de Europa. El avance comunista actual ha precipitado en el ateísmo teórico y práctico grandes masas de hombres. Todo ello debe hacernos pensar que para que el Reino de Dios se implante es necesaria la cooperación de nuestras voluntades y de nuestros actos. Que no podemos caer en el quietismo de dejar a Cristo sólo la continuación de su obra. Y que si no luchamos por conservar nuestra fe y convertir a los extraviados, la pérdida del conocimiento de la verdad eterna puede ser la herencia que leguemos a nuestros descendientes. Por eso el optimismo temporal del cristiano no puede ser absoluto.

Además hablo de un optimismo desde el punto de vista social. Desde el punto de vista individual, nuestro porvenir es impenetrable. Está en las manos de Dios, pero también está en las nuestras, ya que podemos rechazar la gracia y podemos abandonar su amistad y su fe. Este es el terrible poder de nuestra libertad. He ahí el temor, insepa-

rable de la virtud de la esperanza, y que sólo puede resolverse en humildad total. Por otra parte no sabemos en los planes de la Providencia, qué lote de sufrimiento físico y moral nos esté reservado. Y en cambio sí sabemos que sobre sus elegidos ha derramado siempre en la tierra la adversidad y los males físicos. Basta recordar lo que fue la vida y la muerte de los doce apóstoles, que fueron quienes estuvieron más cerca de su corazón durante su vida mortal.

Pero, por último, meditemos en que, cualquiera que sea el porvenir que nos espere, como individuos o como colectividad, todo ocurre de acuerdo con el plan trazado por una Inteligencia infinita, que coopera con todos y cada uno de nuestros actos, y sin cuya voluntad no se mueve ni un solo cabello de nuestra cabeza. Y meditemos en que hemos sido creados por un Amor infinito; somos conservados por El en el ser, y es El el que nos guía hacia un destino supremo. Por eso, una vez hecha en cuanto esté de nuestra parte la voluntad divina, o sea si evitamos el mal y hacemos todo el bien que podamos, debemos reposar nuestra ignorancia y nuestra debilidad en su sabiduría y en su fortaleza. Y podemos superar el dolor y la angustia naturales con la tranquilidad sobrenatural, al pensar y sentir que no estamos solos sino que vivimos, nos movemos y somos en nuestro Creador y Redentor (Act. 17, 28).

Tal es, creo, el alcance y los límites de nuestra esperanza:

- 1) Esperanza firme y plena en el orden de lo eterno, aunque saludablemente limitada por el temor en nuestras propias debilidad y contingencia.
- 2) Esperanza temporal en el reinado de Cristo, que avanza y se extiende hasta su triunfo final.
- 3) Temor por el fracaso temporal del reinado de Cristo sobre muchos individuos y sectores humanos, debido a nuestras deficiencias y claudicaciones.
- 4) Abandono total en las manos de Dios, una vez hecho lo que esté de nuestra parte.
- 5) Sometimiento humilde y ciego a los planes de la Providencia, ya que es imposible que nuestra limitada inteligencia abarque los planes de una Mente infinita; sometimiento que debe ser más pleno cuanto más impenetrables y hasta crueles y cuasiabsurdos puedan parecerse. Porque también sabemos que donde está el dolor, como en el Calvario, es donde Dios se manifiesta.